

fin las palabras de Thuriot. Levántanse gritos confusos de todos los lados, unos en favor de las conclusiones de Valazé, otros por las de Thuriot, y el cañon de alarma lo domina todo. Vergniaud, desde la tribuna, hace una señal de pacificación, y obtiene por fin silencio.

«Estoy tan persuadido de las verdades que los han dicho sobre las funestas consecuencias del combate que parece prepararse en Paris, estoy tan convencido de que este combate comprometería eminentemente la libertad de la república, que segun mi opinion, el que desee verlo empeñado es cómplice de nuestros enemigos exteriores, sea cual fuere el éxito que aquél tuviese. ¡Y os pintan la comision como el azote de Francia en el momento en que oís los cañonazos de alarma! ¿Se pide que sea abolida por haber cometido actos arbitrarios? No hay duda que si esto es cierto, debe ser abolida. Pero debemos oirla, y con todo, no es éste el momento, á mi parecer, de hacerlo, porque su informe irritaría necesariamente las pasiones, lo cual es preciso evitar en un dia de fermentacion. Lo más necesario es que la Convencion pruebe á Francia que es libre. Pues bien, para probarlo no debe hoy abolir la comision, y pido que se aplace para mañana. Entre tanto, sepamos quién ha mandado disparar el cañon de alarma, y hagamos comparecer á nuestra barra al comandante general.»

Gritos unánimes de aprobacion sancionan este aplazamiento propuesto por Vergniaud, que si no salvaba la libertad ni el honor, á lo ménos salvaba la actitud de la Convencion, apaciguaba al pueblo prometiéndole la victoria, satisfacía á la Montaña excusándole la odiosidad de la violencia, preservaba las cabezas de los girondinos prometiéndole su abdicacion, era una vana protesta de respeto á la ley, convenia á todos, y especialmente á los débiles. Los girondinos se consideraron á la vez perdidos y salvados en la concesion de su orador. Los que pensaban en su propia vida lo aplaudieron; los que atendian á su honor quedaron mudos y consternados.

## VIII

Danton quiso arrancar de la Asamblea una victoria cedida ya á medias por Vergniaud. «Ante todo, justicia de la comision,—dice esforzando cuanto puede la voz.—Ha merecido la indignacion popular. Recordad mi discurso contra ella, ese discurso moderado. Un hombre á quien la naturaleza ha criado apacible y sin pasiones, el ministro del Interior, os ha aconsejado que libertáseis á sus víctimas. Esa comision la habeis creado, no para ella, sino para vosotros. Examinad sus actos. Si es culpable, haced un terrible escarmiento que amedrente á los que no respetan al pueblo, áun en su exageracion revolucionaria. El cañon ha retumbado; pero si Paris os ha querido dar una gran señal para provocar las representaciones que os trae; si Paris, por una convocacion demasiado solemne y estrepitosa, no ha querido otra cosa que avisar á todos los ciudadanos para que viniesen á pedir justicia, Paris ha merecido aún bien de la patria. Léjos de vituperar esta explosion, utilizadla en provecho de la causa pública aboliendo vuestra comision.»

Unos murmuran y otros aplauden. Danton lanza una mirada desdeñosa á la Llanura que se agita á sus piés. «Me dirijo—dice haciendo una señal á Vergniaud—sólo á los que han recibido algunos talentos políticos, y no á esos hombres estúpidos que únicamente saben hacer hablar á sus pasiones.» El ademan de su cabeza

y la direccion de su vista dirigen á Guadet, Buzot y Louvet esta insolente invectiva. «Digo á los primeros,—continúa Danton:—considerad la grandeza de vuestro fin, que es el de salvar al pueblo de sus enemigos, de los aristócratas y de su propia cólera. La comision ha estado bastante desprovista de sentido para tomar resoluciones temerarias y notificarlas al corregidor de Paris. Pido la formacion de causa á sus miembros. ¿Decis que los creéis sin tacha? Pues yo creo que han servido á sus resentimientos. Es preciso que se aclare este caos y que se haga justicia al pueblo.» «¿Qué pueblo?» —dice la Llanura. «¿Qué pueblo!—prosigue Danton.—Ese pueblo es inmenso. (Tiende la mano hácia las innumerables cabezas que se asoman en lo alto de las tribunas públicas.) Ese pueblo es la centinela avanzada de la república. Todos los departamentos maldicen la tiranía, y todos se adherirán á este gran movimiento que ha de exterminar á los enemigos de la libertad. Seré el primero en hacer una brillante justicia á esos valientes que han hecho resonar el aire con el toque de rebato y los cañonazos de alarma...» Los aplausos de las tribunas no le dejan concluir esta glorificacion de Henriot y del comité revolucionario de la municipalidad. Danton, arrastrado mucho más allá de la moderacion que meditaba al comenzar á hablar, siente que se embriaga en el delirio de su auditorio y que se irrita el furor que queria templar. Vuelve algun tanto en sí, y concluye diciendo: «Si algunos hombres, de cualquier partido que sean, quisieran prolongar un movimiento que sería inútil despues de haber hecho justicia, Paris mismo los anonadaria.» Por último, pide que se consulte á la Asamblea sobre la supresion de la comision de los Doce.

Rabaut pide en vano en medio de los murmullos que á lo ménos se oiga á la comision. Denuncia á Santerre, que por la noche debia, segun él, marchar sobre Paris con los voluntarios destinados á la Vendée, y que para este acto de tiranía se han hecho acantonar á las puertas de la capital. Las palabras de Rabaut son interrumpidas, y ántes que todo se quiere oír á una diputacion del ayuntamiento.

Vergniaud, apostrofado por las tribunas, pide que sean evacuadas. «Nos acusais—grita Rabaut á Bourdon de l'Oise—porque sabeis que debemos acusaros.» Se admite la diputacion del Observatorio, que en nombre del Consejo general dice que quiere comunicar las medidas que ha tomado. Ha puesto, dice, las propiedades bajo la guarda de los descamisados, y como esta clase no puede subsistir sin su trabajo, les ha señalado cuarenta sueldos diarios. «El pueblo,—exclama el orador,—que se ha levantado una vez, el 10 de Agosto, para derribar al tirano del trono, se levanta de nuevo para frustrar las tramas liberticidas de los contrarrevolucionarios.» «¿Denunciad esas tramas!» —le gritan los girondinos. Guadet, irritado con tanta audacia, se lanza á la tribuna. «Los peticionarios—dice—hablan de un gran complot y no se equivocan más que en una palabra, y es que en lugar de decir que ellos lo han descubierto, deberian expresar que lo han ejecutado.» Las tribunas, al oír esto, parecen desplomarse sobre la cabeza de Guadet. «Dejad hablar á ese Dumouriez», —dice Bourdon de l'Oise. «¿Creéis—prosigue Guadet—que las leyes pertenecen á las secciones de Paris, ó á la república entera? Establecer una autoridad superior á las leyes es violar la república. ¿Y no se hacen superiores á la ley los que hacen tocar á rebato, cerrar las puertas de la ciudad y resonar el cañon de alarma? No son las secciones de Paris, son algunos foragidos.» «¿Queréis perder á Paris, le estais calumniando!» —le grita la Montaña. «El amigo

de Paris soy yo; los enemigos de Paris sois vosotros», —replica el orador. Quiere continuar, pero los gritos é inyectivas le cortan la palabra.

## IX

El presidente amenaza á las tribunas con hacerlas desocupar. «Una autoridad rival se levanta junto á vosotros—prosigue Guadet—si dejais subsistir ese comité revolucionario...» Su voz espira de nuevo entre el tumulto. Apénas se oyen sus conclusiones, que se reducen á anular todas las medidas tomadas por la municipalidad, y encargar á la comision de los Doce que descubra y castigue á los que han hecho cerrar las puertas de la ciudad, tocar á rebato y disparar los cañonazos. Vergniaud sucede á Guadet para atenuar la irritacion producida por las palabras de su amigo. «¿Por ventura tendrán los girondinos solos el derecho de hablar?» —le grita Legendre. Couthon obtiene la palabra.

Robespierre habla en voz baja á su confidente y le sigue con la vista á la tribuna. «Sin duda hay un movimiento en Paris,—dice Couthon.—La municipalidad ha hecho tocar á rebato; pero estamos en un momento de crisis, en que puede tomar bajo su responsabilidad medidas exigidas por las circunstancias. Guadet la acusa de haber preparado la insurreccion. ¿Dónde está la insurreccion? Es insultar al pueblo de Paris decirle que está en insurreccion. Si hay algun movimiento, vuestra comision es quien le ha producido. Esa faccion criminal es la que para encubrir un gran complot quiere un gran movimiento. Esa faccion es la que, divulgando tales calumnias, quiere encender la guerra civil, dar á nuestros enemigos el medio de entrar en Francia y proclamar un tirano. Recordad, ciudadanos, que la corte, buscando siempre nuevos medios de perder la libertad, inventó el establecimiento de un comité central. Del mismo modo, la faccion de los hombres de Estado ha hecho crear una comision. La comision de la corte y la de los Doce hicieron prender á Hebert. La primera dió mandamiento de prision contra tres diputados, y cuando vió que la opinion la abandonaba, se aventuró á recurrir á la fuerza armada. ¿No es esto precisamente lo que está haciendo la comision de los Doce?» Este paralelo artificioso de Couthon entre los actos de dos tiranías, excitó el estremecimiento de las tribunas, porque semejante paralelo retraia al 10 de Agosto. El orador, interrumpido por los aplausos, parecia gozar por el odio que habia excitado, y que le faltaba la voz para terminar su discurso.

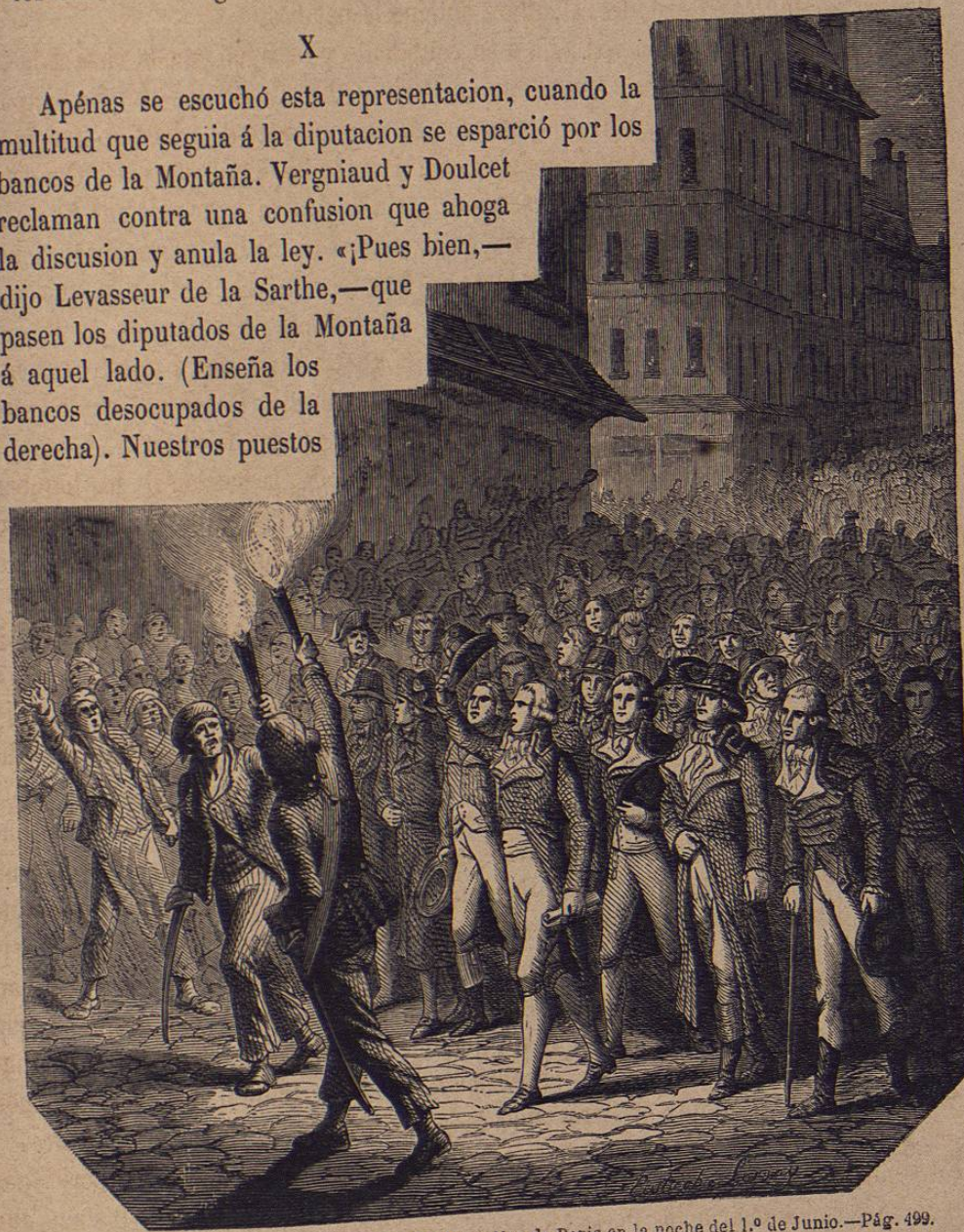
Vergniaud conoció adónde se dirigia el golpe, y se volvió hácia el ujier que renovaba el vaso de agua de los oradores en la tribuna. «Dad á Couthon—dijo—un vaso de sangre: tiene sed de ella.» Recobrando en seguida su calma, y viendo que las circunstancias exigian algun sacrificio para desarmar al pueblo, subió á la tribuna. «Y yo tambien—dijo—pido que decreteis que las secciones de Paris han merecido bien de la patria manteniendo la tranquilidad en dia tan crítico, y que las inviteis á continuar ejerciendo la misma vigilancia hasta que todas las maquinaciones queden burladas.» Esta proposicion de doble sentido fué decretada por ambos partidos, cansados ya, creyendo cada uno de ellos votarla contra el otro.

Pero sobrevienen otros peticionarios, los cuales piden con grande imperio que los diputados *traidores á la patria* sean entregados á la espada de la justicia, un ejército revolucionario de Paris levantado con el socorro individual de cuarenta

sueños diarios, el arresto de los veintidos girondinos, el precio del pan fijado en tres sueldos libra á expensas de la república, y el armamento general de los *des-camisados*. Despues de estos peticionarios, vienen los miembros municipales de Paris á leer una representacion fulminante contra los girondinos. «Han querido destruir á Paris,—dice su presidente Lhuillier.—Si Paris desaparece de la superficie del globo, será por haber defendido contra ellos la unidad de la república. ¡La posteridad nos vengará! ¡Ya es tiempo, legisladores, de terminar esta lucha! ¡La razon del pueblo se irrita por tanta lentitud! ¡Tiemblen sus enemigos! ¡Su majestuosa cólera está pronta á estallar! ¡Tiemblen, sí! El universo se estremecerá de su venganza. Isnard ha provocado la guerra civil y la destruccion de la capital. Os pedimos el decreto de acusacion contra él y sus cómplices, los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Gensonné, los Buzot, los Barbaroux, los Roland, los Lebrun y los Claviere. Vengadnos de Isnard y de Roland, y dad un gran ejemplo.»

## X

Apénas se escuchó esta representacion, cuando la multitud que seguia á la diputacion se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doucet reclaman contra una confusion que ahoga la discusion y anula la ley. «¡Pues bien,—dijo Levasseur de la Sarthe,—que pasen los diputados de la Montaña á aquel lado. (Enseña los bancos desocupados de la derecha). Nuestros puestos



Los miembros de la Convencion recorren las calles de Paris en la noche del 1.º de Junio.—Pág. 499.

serán bien guardados por los peticionarios.» La Montaña obedece y se precipita al lado de los girondinos, á la derecha del salon. Vergniaud pide que se haga venir al comandante de la fuerza armada para recibir las órdenes del presidente. Valazé protesta, en nombre de las cuatrocientas mil almas que representa, contra toda deliberacion que se efectúe bajo el poder de la insurreccion. Robespierre quiere hablar. Vergniaud se levanta. «La Convencion nacional—dice—no puede deliberar en el estado en que se halla. Vamos á unirnos á la fuerza armada y á ponernos bajo la proteccion del pueblo.»

Vergniaud sale entónces con algunos amigos suyos, pero vuelve al momento, bien fuese rechazado por la multitud, ó bien sintiendo abandonar la tribuna á sus enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenia á la Asamblea por la actitud vacilante en que estaba y la insignificancia de sus resoluciones. Vergniaud, que oye estas últimas frases del orador, pide la palabra. Robespierre, mirando con desden á Vergniaud desde la tribuna, dice: «No ocuparé á la Asamblea con la fuga y el regreso de los que han desertado de sus bancos. No se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro comité de salud pública os ha hecho por medio de Barere varias proposiciones de las cuales adopto una, que es la supresion de la comision de los Doce. Pero ¿creeis que sea bastante para satisfacer á los amigos inquietos por la salvacion de la patria? No. Esta comision ha sido ya suprimida, y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Tomad contra sus miembros las medidas vigorosas que los peticionarios acabán de indicaros. Hay hombres aquí que quisieran castigar esta insurreccion como un crimen. ¿Volvereis á poner la fuerza armada á disposicion de los que quieren dirigirla contra el pueblo?» Aquí Robespierre parece querer debatir, sin explicarse claramente, las diferentes medidas propuestas por las circunstancias. Vergniaud, cansado de esperar el golpe que Robespierre mueve así sobre su cabeza, exclama con impaciencia: «¡Concluid!», á cuya voz estallan violentos murmullos contra aquél; pero éste dice, mirando con desdeñosa sonrisa al que le ha interrumpido: «Sí, voy á concluir, y contra vosotros; contra vosotros, que despues de la revolucion del 10 de Agosto queriais llevar al cadalso á los que la han hecho; contra vosotros, que no habeis cesado de provocar la destruccion de Paris; contra vosotros, que quisisteis salvar al tirano; contra vosotros, que habeis conspirado con Dumouriez; contra vosotros, que habeis perseguido con encarnizamiento á esos mismos patriotas cuyas cabezas pedia Dumouriez; contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado esa insurreccion con que pretendéis acriminar á vuestras víctimas. Opino, en fin, por el decreto de acusacion contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han sido designados por los peticionarios».

Todas las conclusiones de Robespierre, aplaudidas por la Montaña, los peticionarios y la tribuna, quitaron á Vergniaud hasta la idea de contestar. Todo el peso de la Convencion y del pueblo pareció caer sobre los girondinos. Calláronse. Se puso á votacion el decreto propuesto por Barere, que ademas de la supresion de la comision de los Doce contenia algunas medidas de hipócrita independecia que debian salvar las apariencias para los departamentos. Votáronlo sin debate la Llanura y la Montaña. Un gozo, en parte fingido, en parte cruel, estalló en el recinto y se comunicó de las tribunas á los grupos exteriores que rodeaban el salon. Bazire propuso á la Convencion ir á fraternizar con el pueblo y con-

fundir su concordia con la de todos los ciudadanos. Esta proposicion fué adoptada con entusiasmo. Tambien el miedo tiene sus ternuras. La municipalidad hizo al momento iluminar Paris. La Convencion, precedida y rodeada de hombres que llevaban hachas, recorrió durante mucha parte de la noche los principales barrios de la capital, siguió de los seccionarios, y respondiendo con sus gritos á los de *¡Viva la república!* Los girondinos, temerosos de señalarse con su ausencia, seguian la comitiva y asistian con muestras de un gozo de mandato al triunfo conseguido sobre ellos. Véase allí á Condorcet, Petion, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede. Luis XVI estaba vengado: los conspiradores del 10 de Agosto tenian á su vez su 20 de Junio. Aquel triunfo humillante á que el pueblo los arrastraba encadenados ya, era el próximo presagio de su caída y la primera irrision de su largo suplicio. «¿Qué prefieres entre esta ovacion y el patíbulo?»—dijo con voz bastante perceptible para ser oido Fonfrede á Vergniaud, que marchaba junto á él con la frente inclinada. «Lo mismo me da lo uno que lo otro,—respondió Vergniaud con estoica indiferencia:—no hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque nos conduce á él.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.